VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD LEÓN XIV
A URUGUAY, ARGENTINA Y **PERÚ**
6-17 de noviembre de 2026
ENCUENTRO CON LOS OBISPOS DE PERÚ

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

Capilla del Palacio Arzobispal (Lima)
Jueves, 12 de noviembre de 2026
[**Multimedia**]

Eminencias, Excelencias, Monseñores,
¡Queridos hermanos!

Agradezco las palabras que Mons. Carlos Enrique García Camader, Obispo de Lurín y Presidente de la Conferencia Episcopal, me ha dirigido en nombre de cada uno de ustedes, junto con su oración por la recuperación de mi salud. Algunos saben que había aquellos "Tomases" que decían: "él no va a venir"; "no va a ser capaz". Pero Dios es grande y su gracia es más grande que todos nosotros. Y de verdad estoy muy feliz de estar aquí entre ustedes.

Doy gracias a Dios, que en esta oportunidad nos permite mantener este diálogo como hermanos obispos. Han estado hace no muchos mese en Roma, en la visita *ad limina*; ahora nos encontramos aquí. Me ilusionan también los encuentros que tendré estos días en Perú. Gracias por el trabajo que han hecho para la organización de mi visita.

Queridos hermanos obispos: los caminos que atraviesan la geografía de un país recorren también en el alma de su pueblo. Esta verdad la podemos contemplar en el Perú. Sus montañas, sus valles, su costa, su Amazonía y sus antiguas sendas conservan la memoria de pueblos que aprendieron a encontrarse e intercambiar sus dones.

Entre esos caminos hay uno que les es muy familiar: el Gran Camino del Inca, esa extensa red que unió territorios, comunidades y culturas a lo largo y ancho de esta geografía. Recurriendo a esta imagen, quisiera proponerles una reflexión sobre nuestra misión episcopal, porque también la Iglesia *es* camino: de comunión y de esperanza; camino que atraviesa las montañas de la indiferencia, los desiertos del individualismo y las distancias que separan a los hombres. Además, el lema de esta visita que resuena en estos días —¡«Abramos el corazón»!— nos invita, efectivamente, a la conversión, a la comunión y a la misión.

Pero, ¿qué significa "abrir el corazón" para un obispo? Significa conocer el camino hacia Dios para recorrerlo con el Pueblo fiel y permitir que Dios y el Pueblo cuestionen sus prioridades. Se trata de una andanza eminentemente misionera, como la del Camino del Inca, que no fue construido para que los caminantes se quedaran contemplando sus grandiosos paisajes, sino para llegar a todo el *Tawantinsuyu*. A semejanza de los *chasquis*, que recorrían el imperio llevando mensajes urgentes y provisiones vitales, el obispo es el mensajero que porta la Buena Nueva del Evangelio, custodia el tesoro de la Palabra de Dios y distribuye los Sacramentos como esos bienes indispensables para sostener la vida cristiana.

Podemos pensar también que, de la misma forma que este Camino es heredero de los senderos ancestrales utilizados por las culturas preincaicas, el obispo es servidor de una historia de salvación que comenzó antes de él y que continuará después de su paso. Por eso, "abrir el corazón" para el obispo es reconocer el camino que Dios ya está recorriendo con su pueblo, lo que falta por recorrer y hacia dónde hay que dirigir los pasos para seguir construyendo un futuro de esperanza para todos.

Queridos hermanos: abrir el corazón, para el obispo, significa también conocer su diócesis entrando en los hogares, acompañando a los enfermos, encontrando a los jóvenes y acercándose a las comunidades que, por su distancia geográfica o su fragilidad social, pocas veces pueden hacerse escuchar o ser escuchadas: el pastor está llamado a salir al encuentro de todos.

En esto, destaca de manera singular la figura de santo Toribio de Mogrovejo. Él comprendió que su misión exigía *estar con* las comunidades *para* ocuparse *in primis* de la formación cristiana y asegurarse de que el Evangelio pudiera anunciarse también en las lenguas de los pueblos indígenas. El Catecismo, escrito en aimara, quechua y castellano es testigo de su ardor misionero, en comunión con los obispos reunidos en el tercer Concilio Provincial de Lima.

Sabemos que el Camino del Inca no es fácil: sus elevaciones y sus pasos estrechos poner a prueba la resistencia del caminante, cuyo esfuerzo encuentra alivio al contemplar la creación majestuosa. De manera análoga, tampoco la misión episcopal transcurre siempre por caminos despejados. Encontramos dificultades pastorales, divisiones sociales, incomprensiones y decisiones que pueden resultar dolorosas. Santo Toribio nos ilumina de nuevo aquí, haciéndonos comprender que la caridad pastoral no consiste en evitar los problemas sino en permanecer fieles a Cristo y procurar el mayor bien posible a las personas. Así como las contrariedades del camino atraviesan las montañas, la cruz de Jesús nuestro ministerio, pero esa misma cruz nos recuerda que ninguna fatiga ofrecida por amor resulta inútil, cuando se une a la entrega de Jesucristo (cf. *Mt* 16,24-25).

Una nota importante es saber que este sendero no se recorre en solitario. Al estar en el territorio que albergó el primer seminario en Perú, pienso en el obispo, que convierte el camino mismo en un *Yachay wasi* itinerante, en una "casa del saber" y, siendo compañero de viaje de sus sacerdotes, no se limita a señalarles la ruta, sino que comparte sus fatigas y anhelos, reconoce la huella de Dios en sus vidas y cuida que ninguno se quede atrás. Pero, más allá de la imaginación, lo cierto es que caminar juntos crea comunión, un don que hay que pedir siempre: comunión con el Sucesor de Pedro, con los demás obispos, con los religiosos y religiosas y con todo el Pueblo de Dios. Esto es indispensable para recorrer fielmente el *Camino*, que es Cristo.

En este sentido, me alegra el proceso sinodal emprendido en la Iglesia peruana. Les pido que sigan trabajando con firmeza, en acción conjunta con el Pueblo de Dios, haciendo posible, cada vez más, una Iglesia donde todos nos reconozcamos corresponsables y discípulos misioneros del Señor; viviendo, cada uno según su propia vocación, en confianza mutua, de tal modo que la autoridad no se ejerza tiránicamente ni la obediencia sea mero servilismo.

Quisiera referirme ahora a quienes han transitado estas tierras antes que nosotros. Además de santo Toribio de Mogrovejo, pensemos en santa Rosa de Lima: su oración y su entrega a los necesitados nos recuerdan que la fecundidad apostólica depende de nuestra unión con el Señor y, por ende, del cuidado de nuestra propia vida espiritual en el ministerio episcopal.

De san Francisco Solano aprendemos a cruzar fronteras para anunciar el Evangelio. Su espíritu misionero y gozoso nos recuerda que la Iglesia existe para proclamar a Jesucristo especialmente a quienes viven en las periferias humanas y geográficas.

San Martín de Porres y san Juan Macías nos enseñan, desde su humildad, a reconocer a Cristo en los más pequeños; de estos santos aprendemos también que la caridad comienza con un gesto sencillo, una escucha atenta y nos recuerdan que ninguna persona puede ser medida por su prestigio, su origen o su posición social. En este sentido, permítanme referirme a una realidad que nos ha causado tanto dolor: los abusos perpetrados por miembros del clero o en el contexto eclesial. Hemos de responder como lo haría Jesús, con la verdad, la justicia, con perdón, con reparación y un compromiso cada vez más decidido a favor de una cultura de la prevención y protección de los más débiles frente a estos delitos.

Las vidas de los santos, distintos entre ellos, pero movidos por una única fe: obispos, sacerdotes y laicos; españoles, criollos y mulatos, representan la unidad de la Iglesia del Perú y forman una escuela de santidad. Ellos siguen recorriendo con nosotros, aquí y ahora, los muchos senderos del único *Camino*, enseñándonos a ser *in Illo uno unum*.

Queridos hermanos obispos: en este mismo lugar, en el 2018, yo estaba sentado por ahí detrás entre ustedes, y recibimos de nuestro querido Papa Francisco una vehemente exhortación a trabajar por la unidad; recuerdo que nos dijo: «no se queden presos de divisiones que parcializan y reducen la vocación a la que hemos sido llamados: ser sacramento de comunión. [...] Esa era, es y será la mejor evangelización» (*Encuentro con los Obispos, Lima, 21 enero 2018*). En efecto, la comunión entre ustedes, entre nosotros, es el fundamento de la credibilidad del Evangelio que anuncian.

Nuestra misión como obispos nos pide ser constructores de puentes, favorecer el diálogo, educar para el encuentro y ayudar a sanar las heridas que dividen a la sociedad peruana. Para ser eficaces en ello, nos ayuda abrir el corazón también a nuestros hermanos obispos: cultivar la confianza, compartir las dificultades y fortalecer la fraternidad episcopal. Ningún obispo debería sentirse solo en el camino. Ninguna Iglesia particular debería vivir su misión como si fuera ajena a la de las demás. En y desde la comunión, el obispo será instrumento para impedir que las polarizaciones sociales o políticas debiliten su misión profética y evangelizadora.

Finalmente, queridos hermanos, el obispo ha de abrir el corazón al Perú de hoy. Un camino antiguo conserva su valor cuando sigue permitiendo que las personas lleguen a su destino. Debemos preguntarnos qué caminos conducen verdaderamente hacia Cristo y denunciar los falsos. El Perú de hoy necesita pastores capaces de escuchar las preguntas de su tiempo, e iluminarlo con la claridad del Evangelio, para acompañar a las familias, sostener a los jóvenes, defender la vida y la dignidad de cada persona, favorecer la justicia y comprometerse con la custodia de la creación, ayudando, particularmente, a quienes sufren la pobreza, la exclusión, la corrupción, la violencia y la falta de oportunidades.

Esta misión exige unir la fidelidad doctrinal con la cercanía pastoral; la celebración de los Sacramentos con el compromiso hacia el prójimo; la formación de la conciencia con el testimonio concreto de la caridad.

La Eucaristía es la fuente y la cumbre de nuestra vida cristiana. Ante el Sagrario recuperamos la perspectiva correcta de nuestro ministerio: la Iglesia no nos pertenece; es de Cristo. Nosotros somos mensajeros que un día concluiremos nuestro camino. ¡Solo Dios permanece!

Que nunca nos falte tiempo para estar con el Señor y acompañar a quienes necesitan experimentar la paternidad espiritual del obispo. Porque el obispo unido a Cristo, incluso en medio de sus limitaciones, es instrumento de consuelo, unidad y esperanza.

Quisiera finalizar con tres invitaciones:

Primera: no dejen de caminar con este pueblo.

Segunda: no dejemos de caminar juntos, en comunión episcopal como testigos de la unidad que anunciamos.

Tercera: no dejemos de abrir el corazón: a Dios, para que renueve nuestra vocación; a los hermanos, para que se sanen las divisiones; y a su pueblo, para que encuentre en ustedes al “padre obispo” cercano, valiente y misericordioso.

Que santa María, Madre de la Iglesia, así nos lo conceda, para que todos los hijos de esta linda tierra—en las alturas andinas, en los valles, en la Amazonía, en la costa y en las islas — encuentren en la Iglesia un hogar donde sean recibidos, escuchados, amados y conducidos hacia Jesucristo. Muchas gracias.

Copyright © Dicasterio para la Comunicación - Libreria Editrice Vaticana



La SANTA SEDE